



Conversaciones informales en la investigación social

Informal conversations in social research

Jaime de la Calle-Valverde (jaime.delacalle@uva.es) Facultad de Educación, Universidad de Valladolid (Valladolid, España) <https://orcid.org/0000-0003-2387-175X>
Rol: Conceptualización, escritura del original

Abstract

Informal conversations have no place in social research methodology textbooks. In the field of sociology, there are hardly any references to them, leaving informal conversations as a lesser status compared to interviews, and difficult to justify both methodologically and epistemologically. In the case of anthropology, informal conversations can be understood as part of participant observation or life histories; that is, as part of qualitative and longitudinal research methodologies. However, in both cases, there is no thoughts that allows methodological value to be given to this everyday practice, which is common in interactions between researchers and informants, especially when these interactions occur over long periods of time. This paper discusses the current role of informal and everyday conversations in these disciplines. Based on this discussion, a definition of informal conversations is proposed, distinguishing them from interviews. Similarly, a distinction is made between two types of informal conversations depending on their intentional or unintentional alignment with research objectives. We propose some uses of interest for research are shown, and the need to include them in methodological designs, both in preliminary projects and final reports. We conclude by highlighting the usefulness of this type of interaction in longitudinal qualitative research.

Key words: informal conversations, interviews, methodological rupture, social research, longitudinal qualitative methodology.

Resumen

Las conversaciones informales no ocupan lugar en los manuales de metodología de la investigación social. En el ámbito de la sociología apenas se encuentran referencias, dejando a las conversaciones informales como un pariente menor de las entrevistas y de difícil justificación metodológica y epistemológica. En el caso de la antropología, las conversaciones informales pueden llegar a entenderse como una parte de la observación participante o de las historias de vida, es decir, como una parte de metodologías de investigación cualitativas y longitudinales. Sin embargo, en ambos casos, no hay una reflexión que permita conceder valor metodológico a esta práctica cotidiana, corriente en las interacciones entre investigador e informantes y, muy especialmente, cuando estas interacciones se dan en periodos de tiempo prolongados. En este trabajo se discute el papel actual que tienen las conversaciones informales y cotidianas en estas disciplinas. A partir de esta discusión,



se propone una definición de las conversaciones informales, distinguiéndolas de las entrevistas. Igualmente, se lleva a cabo una distinción entre dos tipos de conversaciones informales en función de su ajuste, intencionado o no, a los objetivos de investigación. Se muestran algunos usos de interés para la investigación y se defiende la necesidad de incluirlas en los diseños metodológicos, tanto de los proyectos preliminares como de los informes finales. Se concluye poniendo en valor la utilidad de este tipo de interacciones en la investigación cualitativa longitudinal.

Palabras clave: conversaciones informales, entrevistas, ruptura metodológica, investigación social, metodología cualitativa longitudinal.

Introducción

Las conversaciones informales forman parte del quehacer investigador de los científicos sociales, sociólogos y antropólogos especialmente. Y forman parte del quehacer de otros profesionales de lo social como educadores sociales, trabajadores sociales, animadores socioculturales, etc. Sin embargo, su presencia en los manuales de metodologías y técnicas de investigación social es insignificante. De forma que si las “entrevistas” –como técnicas o prácticas formalizadas (y con las que las conversaciones informales tienen un parentesco lejano)– tienen una historia, no podemos decir lo mismo de las conversaciones informales. Más aún en el ámbito de la sociología que en el de la antropología.

En sociología, podemos destacar como evidencia de las escasas referencias a las conversaciones informales en sus manuales metodológicos: (1) la temprana desaparición de las metodologías y técnicas cualitativas tras la Escuela de Chicago (ver la introducción de Juan Zarco a [El campesino polaco en Europa y en América](#)), (2) el consiguiente auge de la técnica de la encuesta que sepultó la reflexión en el ámbito metodológico de lo cualitativo (Cea D’Ancona. [Metodología cuantitativa](#)), (3) la recuperación de la metodología cualitativa desde las décadas de los 60 y 70 del siglo XX, muy centrada en buscar validaciones de calidad, en donde las conversaciones informales tenían una justificación complicada (Marsal. [La crisis de la sociología norteamericana](#)), (4) la llegada tardía de metodologías longitudinales como la observación participante y las historias de vida (rescatadas desde la Escuela de Chicago) en un intento de hacerlas más rigurosas, si no para acercarlas a los estándares de rigor de la encuesta, al menos para proveerlas de más vigor y (5) el papel central dado a las entrevistas cualitativas (más, menos o nada estructuradas), pero centradas en diseños formales para cubrir objetivos de investigación.

Todo ello entendido en el ámbito de una disciplina científica que ha ido desarrollando con el paso de las décadas una “ruptura metodológica” en donde los comportamientos “naturales” no ocupan lugar.

Como resultado, las conversaciones informales han sido menospreciadas en sociología, una ciencia más formalista (metodológicamente) que la antropología, mientras que en ésta han podido considerarse como formando parte (si bien no especialmente reseñable) del trabajo de campo etnográfico y de la observación participante. Por tanto, su uso se ha hecho más consciente en esta disciplina. Aun así, las conversaciones informales quedarían recogidas bajo el paraguas de la observación participante o de las historias de vida, junto con otras prácticas no formales (metodológicamente hablando) que algunos autores entenderían como técnicas de obtención de



datos no estrictamente verbales (expuestas algunas de ellas por Taylor y Bogdan en [Introducción a los métodos cualitativos de investigación](#)).

Con esta presunción, las reflexiones de Fontana y Frey ([La entrevista](#)) han de entenderse como un recorrido por la “técnica” de la entrevista sociológica (positivista y postpositivista) en todas sus formas reconocidas y con el acuerdo de que la etnografía y los trabajos de tipo cualitativo que se desarrollan longitudinalmente (y a los que ha regresado o se ha entregado buena parte de la investigación cualitativa sociológica de las últimas décadas según Caïs, Folguera y Formoso [Investigación cualitativa longitudinal](#)) tienen en las “entrevistas” (inicialmente etnográficas) un buen centro de “producción” de información y de reflexión epistemológica. Sin llegar a conceder estatus específico dentro de sus tipologías a las conversaciones informales (seguramente por cuestiones de validez, comparabilidad, objetividad, etc., que se mencionarán más adelante), que no llegan a ser ni entrevistas semiestructuradas, ni entrevistas no estructuradas. El concepto de “entrevista” es clave en esta discusión.

Efectivamente, en sociología, y dentro de una tradición positivista, las conversaciones informales no tienen lugar en el acto de investigar con encuestas (que llevan consigo de manera presente los objetivos estructurados de la investigación). La obsesión de los sociólogos desde las décadas de los 40, 50 y 60 del siglo pasado por descubrir y solventar los sesgos del investigador en el acto de la entrevista con cuestionario (resumidos parcialmente por Platt en [The history of the interview](#)) son una advertencia contra cualquier acto de investigación no prediseñado que pueda afectar la realidad en el acto de investigarla (preocupación propia de la metodología positivista). Si el estatus, el sexo, la edad, la estructura de las preguntas o la actitud del investigador han llenado páginas, ¿cuánto más podría decirse de una conversación informal en la que se enzarzara el encuestador?

Karen Rosenblum ([The in-depth interview](#)) plantea que las entrevistas no estructuradas o semiestructuradas (las entrevistas en profundidad) dejan asomar espacios para lo cotidiano, tanto para entrevistadores como entrevistados. Estas entrevistas, dirá, se desenvuelven entre dos polos de un continuum, representado en un extremo por las conversaciones frescas, de tipo personal y carácter sociable, con rasgos de originalidad y espontaneidad que chocan con el contexto que persigue el entrevistador; y el otro extremo estaría representado por la entrevista guionizada, de tipo impersonal y de carácter profesional. Entrevistadores y entrevistados, en el escenario de interacción, entrarían y saldrían permanentemente de estos dos espacios simbólicos, planteándose la cuestión de cómo la realidad afecta a la estructura diseñada y a los resultados en términos científicos, y generando dudas de tipo metodológico (especialmente si las entrevistas son el resultado de encuentros puntuales y no se hallan ancladas a prácticas de investigación longitudinales). Desde la perspectiva de la investigación social, la entrevista que la autora llama “aceptable” haría abstracción de lo conversacional que irrumpe, y trataría de llevar la situación hacia los intereses previos del investigador, desdeñando opciones no contempladas que pueden surgir en situación de entrevista. Por otra parte, la “entrevista fallida” sería aquella en la que ambos actores se desenvuelven en el ámbito de conversaciones personales, frescas, sin guiones de fondo..., algo que no se tendría por científico. Junto a esos extremos, considera que hay un espacio intermedio, el más común de todos, un “rango medio de posibilidades” en donde se hibridan elementos de ambas posiciones. Algo, dirá la autora, que sucede con frecuencia en las interacciones cotidianas: una “sociabilidad guionizada” que tiene pocas posibilidades de perdurar durante toda la sesión y puede plantear al investigador problemas metodológicos.



Patrick Bruneteaux y Corinne Lanzarini, a partir de sus experiencias en investigación con jóvenes en situación de pobreza extrema, describen todos los sesgos e inconvenientes del uso de entrevistas formales para el perfil del colectivo que interesa a su trabajo. Los problemas planteados por la formalidad de la técnica se podrían disolver con lo que denominan una “conversation orientée” (Bruneteaux y Lanzarini 1998:166) que utilice como base de la comunicación la jerga local, el sentido común (local) y, en general, patrones locales de comportamiento. La conversación orientada es utilizada conscientemente como estrategia para romper el lazo formal de la entrevista y facilitar el acceso a los informantes. Se trata más de “disolver parcialmente su propia persona socialmente reactiva (el sociólogo) que de imitar lo mejor posible un modelo social concreto” (Bruneteaux y Lanzarini 1998:171). Guiones memorizados, memoria fotográfica, notas no intrusivas..., hacen desaparecer al entrevistador en una apuesta por la naturalización de un proceso comunicativo que cubra de alguna manera los intereses de la investigación y que, nuevamente, planteará problemas de comparabilidad metodológica (como advirtió también Rosenblum). Más adelante volveremos sobre esta versión de las conversaciones cotidianas.

Aún más extraño que ver en un informe sociológico alguna reflexión sobre el papel de las conversaciones informales, es ver un diseño metodológico de un proyecto de investigación que otorgue a las conversaciones informales algún estatus metodológico y el derecho a una reflexión de carácter epistemológico. Por ello, las conversaciones informales pasan a la “trastienda del diseño” de la investigación (que solo asoman en los cuadernos o notas de campo cuando se publican en el ámbito de la antropología). Pertenecen a la parte oculta del proceso investigador. Incluso si se usan o han formado parte en una fase exploratoria, pueden desaparecer del informe final porque no son método, no son técnica, no están formalizadas, no tienen fácil asidero en la tradición metodológica canónica. Y están construidas sobre bases de mutua comprensión e interacción longitudinal entre las partes. Y eso conlleva aceptar que el sentido común (por usar un concepto muy presente en las batallas epistemológicas de los metodólogos de la sociología) está usándose por los investigadores y está en la base de las relaciones de campo sobre las que se asienta el futuro conocimiento social. Por lo tanto, la conversación informal no puede entrar en los diseños al no estar (pre)diseñada. Está encarnada en la persona que investiga, va con ella, en su observación participante o en la historia de vida que trata de interpretar. Solo puede ser descrita como práctica natural hecha método y, por tanto, dispositivo de captura (más o menos intencionado, como veremos más adelante) que pone en entredicho una “ruptura metodológica” que vendría a sostener (en el plano de la acción investigadora) la “ruptura epistemológica” desde el plano cognitivo.

Incluir a las conversaciones informales es, al menos en parte, incluir al investigador en tanto persona de carne y hueso. Es separarse del proceso investigador clásico en el que investigador y “el otro” son dos espacios diferentes, armado el primero de las herramientas (cognitivas y no) propias de la disciplina para mirar al fenómeno desde otra posición. Reconocer el valor de las conversaciones informales es encarnar el proceso de investigación social, algo que no se reconoce explícitamente. Por supuesto, no se trata únicamente del acto verbal como medio de comunicación (al que nos estamos refiriendo aquí) que, siendo una parte importante de la interacción, no representa todo lo que se desenvuelve en el contacto permanente con las personas con las que estamos trabajando.

Una definición de conversaciones informales

Las conversaciones informales forman parte del comportamiento del individuo y, siendo así, su análisis (cómo se llevan cabo, quiénes las producen, cuándo tienen lugar, qué formas adoptan y, en



general, su contexto y sentido cultural) se puede incluir como objeto de interés de una “etnografía del hablar” (Hymes 1968:101). Desde una mirada etnográfica al proceso investigador, en concreto cuando nos encontramos e interactuamos “cara a cara” con los informantes, reconocer la existencia de conversaciones informales en el acto de investigar es el resultado de una observación que tipifica y disecciona el conjunto de procesos comunicativos que se producen entre investigador e investigado; diferentes entre sí por su naturaleza epistemológica. Entre esos procesos comunicativos están las conversaciones informales, comunes en los trabajos de campo cualitativos de corte longitudinal.

Las definimos como actos de comunicación oral, “eventos de habla” que adoptan la forma popular de “charlas”, de carácter espontáneo (no prediseñadas), comunes en el escenario cotidiano del proceso de investigación longitudinal, que se producen entre investigador e informante (en situaciones en las que estos roles son más laxos) o en escenarios con informantes en donde el investigador es uno más. Tienen lugar en circunstancias motivadas o azarosas; no sujetas a guion, ni tampoco a intencionalidad investigadora, y desarrolladas sobre la base del sentido común local.

De esta forma, las distinguimos de otros intercambios orales formalizados, construidos y sujetos a un protocolo metodológico, como sucede con todas las tipologías de entrevistas individuales y grupales, que ganan un estatuto epistemológico distinto al de las conversaciones informales mediante procesos constantes de ruptura y revisión que forman parte de la historia de la ciencia social. Como dicen Bauman y Sherzer, una etnografía del hablar “se ocupa de las reglas culturales por las cuales se organiza el uso y el no uso del lenguaje” (Bauman y Sherzer 1975:96). De ahí que las conversaciones informales supongan, para una cultura científica, una actividad precientífica.

Dicho de otra manera, dentro del procedimiento de investigación en disciplinas metodológicamente muy formales como la sociología, una serie de intercambios verbales entre investigador e informante tienen refrendo y están pautados y, entre ellos, las conversaciones informales no ocupan lugar; y, sin embargo, forman parte del proceso de comunicación entre investigador e investigado; son uno de los “speech event” que identificamos en la interacción con los informantes: “Una buena técnica etnográfica para identificar eventos de habla, como ocurre con otras categorías, es a través de las palabras que los nombran. Algunas clases de eventos de habla en nuestra cultura son bien conocidas: sermón del domingo por la mañana, discurso inaugural, juramento de lealtad. Otras clases se sugieren mediante expresiones coloquiales como: conversación de corazón a corazón, charla de ventas, hablar de hombre a hombre, charla de mujeres, sesión de charla informal, conversación, charla educada, charla del equipo, regañar a alguien, darle la información completa, desahogarse, quejarse, etc.” (Hymes 1968:110).

Propongo que hay dos maneras de entender las conversaciones. Ambas solo tienen arraigo en el marco de investigaciones cualitativas longitudinales, con contacto constante con los informantes. Una de ellas las entiende como vía de acceso a información, lo que requiere un cierto prediseño, artesanal, pero estratégico, al fin y al cabo. Considera que se llevan a cabo no de forma natural, sino guiadas por los objetivos de investigación. Y, si se entienden como interacciones naturales, son incorporadas como dispositivo investigador. Miguel Valles, en un subapartado de su trabajo dedicado a las entrevistas cualitativas y las conversaciones cotidianas, nos dice: “El arte de la conversación, aprendido de modo natural durante la socialización, constituye el mejor fundamento conceptual y práctico para el aprendizaje de las diversas formas de entrevista cualitativa. Lo cual es particularmente cierto en el caso del investigador de campo, sobre todo *en determinados roles de*



observación participante, donde sus conversaciones se entienden como formas de entrevistas orientadas por la investigación. Tal es así que, en este terreno profesional, se suele emplear la expresión ‘entrevista conversacional’” (Valles 2002:37, la cursiva es nuestra).

Estas conversaciones se pueden referir como “informales”, alejadas de la formalidad y del guion prediseñado de las entrevistas (en general), pero se consideran ajustadas a objetivos de investigación bajo el manto de la naturalidad de la observación participante (u otras metodologías similares). Tal vez por ello podrían ser mejor entendidas como “conversaciones científicas”, “conversaciones formales con propósitos científicos”, “conversaciones orientadas a la investigación”, “conversaciones prediseñadas”, “conversaciones intencionadas” u otros conceptos descriptivos que ligen el acto de la conversación a los objetivos de la investigación. Son las conversaciones más defendidas o reconocidas, como ocupando la mayor parte del tiempo que pasa un investigador longitudinal con informantes. Por ejemplo: “Mi práctica de investigación de campo se ha caracterizado por escuchar a la gente e intentar retener sus palabras lo más precisamente posible. Mi relación con la gente consistía más en conversaciones o a veces en monólogos, que en interrogatorios” (Frigolé 2018:13). Y también se reconocen en ellas problemas metodológicos al incluir un alto grado de subjetividad y dificultades para una estandarización mínima.

Al otro lado de esta forma de las conversaciones (que esconden tras el investigador una mente investigadora y un lente que mira y escucha intencionadamente), están las conversaciones informales, que no tienen más razón de ser que el hecho de “estar” en el terreno en tanto persona y no intencionadamente en tanto investigador. Esta lectura de las conversaciones informales no exige de ellas prediseño, intencionalidad o “interacción activa”. No se producen con intencionalidad investigadora, son espontáneas, originales y, en su transcurrir, los informantes y el investigador hablan, sienten, gesticulan, escuchan, emiten sonidos, opinan, se mueven en el espacio y en el tiempo, interactúan con otros, con el entorno (el ambiente en términos amplios), sin que el investigador anime o empuje a ello.

Aportan información sustancial que el investigador puede anotar y le pueden servir de ayuda para aplicar entrevistas u observaciones intencionadas con el objetivo de poner en (des)valor lo captado en el marco de conversaciones informales; ayudan también a mejorar la saturación de información y, como resultado, lo captado en este tipo de conversaciones informales formará parte del informe final.

Evidentemente, estamos ante modelizaciones de interacciones. La investigación cualitativa longitudinal tiene su lógica en el contacto permanente y es gracias a este que se producen, tanto conversaciones que pueden ser guiadas u reorientadas por el investigador, como conversaciones espontáneas que siguen itinerarios no trazados por el investigador. El paso de la no directividad a la directividad puede darse y, entonces, se mezclan lo que parecen dos estados epistemológicos diferentes.

Es una “práctica” de investigación de carácter cualitativo, un intercambio verbal entre investigador e informante(s) que no esconde un prediseño consciente, ni se ejecuta de manera intencionada, ni premeditada, sino que surge en el contacto cotidiano propio de una investigación cualitativa longitudinal, en donde las interacciones son permanentes y la cercanía y confianza son importantes para establecer lazos de comunicación. Al no tener un diseño previo, hace uso del lenguaje cotidiano propio de la comunidad y, en cualquier caso, nada técnico ni abstracto.



Un chiste compartido, la apreciación de un paisaje, de una comida, de una postura, la reacción a una contingencia, los encuentros no buscados entre informantes con presencia del investigador..., son escenarios de lo cotidiano que experimenta el investigador longitudinal por el hecho de estar en el terreno (cumpliendo diferentes roles, de los que investigador es tan solo uno).

Los encuentros y el contacto permanente con la gente (informantes) tienen lugar cara a cara, entre dos personas, en un pequeño grupo de tres o cuatro, o como espectador de un acontecimiento colectivo o actividad rutinaria, pero muchas veces toma la forma de un intercambio verbal de comunicaciones (pero no siempre, porque el “estar” no exige siempre verbalización). Por formar parte del trabajo de campo, del “estar”, pueden incluirse en un árbol genealógico junto con las entrevistas, con las que tienen parentesco metodológico.

Las conversaciones informales y las entrevistas

A lo largo de la historia metodológica de la ciencia social se han propuesto multitud de tipologías de entrevistas y multitud de criterios para distinguirlas. En un continuo cualitativo/cuantitativo de las comunicaciones verbales (y no solo de las entrevistas), las conversaciones informales estarían en el extremo opuesto a las entrevistas con cuestionario estandarizado. En ese hipotético continuum (en donde estamos ubicando los intercambios verbales entre investigadores e informantes), incluiríamos, a continuación de las entrevistas con cuestionarios estandarizados, a las entrevistas focalizadas o estructuradas que aplican un guion permanente a una muestra diversa bajo la suposición (más propia de la epistemología positivista que caracteriza a la encuesta) de que los informantes son contenedores de las realidades sociales por las que pregunta el investigador. Todo el resto de las entrevistas cualitativas, incluyendo su nivel de estructuración, se encuadrarían en un peldaño por encima de las conversaciones informales (y otro por debajo de las entrevistas estructuradas y focalizadas). En el extremo opuesto del continuo de los intercambios verbales entre investigadores e informantes, en el extremo cualitativo, estarían las conversaciones informales.

Lo que haría diferente a (buena parte de) las conversaciones informales de las entrevistas abiertas, semiestructuradas, no estructuradas o en profundidad, sería la ausencia de un diseño previo y la variabilidad de roles propios de la investigación que se desarrolla en períodos de tiempo prolongados. Porque la entrevista exige unos roles que en la conversación informal (en contextos investigadores cualitativos y longitudinales) se pueden difuminar, hasta desaparecer. Y, en cualquier caso, no mostrarse como obvios. En ese sentido, podría entenderse como un beneficio si vacuna “al otro” (que ya no es tal) contra determinado rol que predispone a un acomodamiento (algo común en contextos de entrevista).

La distinción primaria y genérica se centra en no aplicar el concepto de entrevista a las conversaciones informales. Como dice Luis Enrique Alonso: “La entrevista (...) es una variedad especializada de conversación”, [regida por un marco que, en su mínima versión está gobernado por] un guion temático que recoge los objetivos de la investigación” (Alonso 1994:233). Y esto vale para cualquiera de las modalidades de la entrevista.

Como se está defendiendo en este trabajo, las conversaciones informales incluirían dos tipos: el de aquellas que (en un contexto cotidiano de interacción con los informantes) preguntan, oyen y ven con las miras de sus objetivos de investigación; y, de otro lado, aquellas que (difuminados los roles



de investigador/informante) se producen en el ámbito de la cotidianeidad del trabajo longitudinal (entre investigador e informantes que ahora son, por ejemplo, conocidos, amigos o vecinos).

Resultado natural de una interacción constante en el tiempo que produce, sin buscarlo, información que, finalmente, puede resultar de interés a la investigación. Esta distinción permitiría identificarlas, como ya hemos referido, como “conversaciones informales no dirigidas ni prediseñadas” y, por tanto, no necesariamente implementadas con la “intención” de cubrir objetivos explícitos de la investigación. Por tanto, no son, como dirá la autora que citamos a continuación, *artefactos técnicos*: “El sentido de la vida social se expresa particularmente a través de discursos que emergen en la vida diaria, de manera informal, bajo la forma de comentarios, anécdotas, términos de trato y conversaciones. Los investigadores sociales han transformado y reunido varias de estas instancias en un artefacto técnico” (Guber 2011:69).

La conversación informal no dirigida no es una charla sin guion ni registro que tenga intencionalidad expresa de buscar información relativa a los objetivos de la investigación. Esta última se podría encuadrar en alguna modalidad de entrevista abierta o no estructurada; pero la conversación informal no. Incluso argumentado que la presencia en el terreno conlleva siempre una “actitud” investigadora (lo que nunca se cumple en investigaciones de largo recorrido), eso no impide entablar o entrar en conversaciones informales que, a la postre, pueden tener valor investigador, es decir, valor asociado a los objetivos.

Las conversaciones informales, pues, no son entrevistas. Al presentar su capítulo sobre la entrevista en investigación social, María del Pilar Gomiz construye una distinción para separar la entrevista cualitativa de investigación de las entrevistas periodísticas, clínicas, etc., y de la “conversación cotidiana”. Utiliza diferentes criterios para describirlas. En relación al criterio de “finalidad” plantea que el objetivo de las conversaciones cotidianas es “mantener/generar un vínculo social y compartir sentidos comunes”; en relación a su “estructura” defiende que es “espontánea (sin guion ni esquema previo)”; en cuanto a los roles de las personas que intervienen, dirá, son “simétricos (sin diferenciación formal)”; además, este tipo de interacción es “fluida, sin un control intencional”; de todo ello concluye su “carácter metodológico”: “ninguno” (Gomiz 2025:233).

Las entrevistas, como procedimiento de comunicación (no de interrogación y enjuiciamiento), tienen una historia reciente. Para que su uso se popularice por diferentes disciplinas del ámbito de las ciencias sociales emergentes, dirán David Riesman y Mark Benney, se necesita no una sociedad absolutista regida por la tradición, sino una sociedad de individuos con una marcada dosis de individualidad. Se necesita una opinión pública que pueda hablar de sí misma, de su sociedad y de los fenómenos del mundo, sin la presunción de ser sometida a juicio. Desde sus primeros usos en el ámbito de la diplomacia (como comunicación) hasta sus usos en el ámbito de la investigación social, las entrevistas no son sometidas a una “ruptura” ni, por tanto, a sistematización y objeto de debate. Habrá que esperar al desarrollo de las ciencias sociales entre los siglos XIX y XX para actualizar sus usos y formas. A mediados del siglo XX las entrevistas ya estaban institucionalizadas en diferentes disciplinas. Estos autores decían que “en la investigación social, la investigación de mercado, la industria, el trabajo social y la terapia, la entrevista se ha convertido en cincuenta años en una importante industria de cuello blanco” (Riesman y Benney 1956:3). Y todavía hoy se sigue debatiendo sobre usos, tipologías y diseño de entrevistas en un proceso constante de revisión. De donde quedan excluidas las conversaciones informales.



Según Erwin K. Scheuch, la entrevista es una forma “*no natural* de la comunicación” y, a la vez, “una relación social poco común”. Sus semejanzas con las conversaciones cotidianas y otros “contactos primarios”, dirá, es cuestión de “conciencia metodológica” (Scheuch 1973:166-167). José Ignacio Ruiz la describe como lo opuesto a “un intercambio social espontáneo” por su carácter “artificial y artificioso” (Ruiz 2012:165). Así las cosas, Scheuch propone la siguiente definición de entrevista: “Por entrevista como instrumento de investigación entiéndase aquí un procedimiento metódico con finalidad científica, mediante el cual el entrevistado debe proporcionar informaciones verbales por medio de una serie de preguntas intencionales o estímulos comunicados” (Scheuch 1973:169).

Si las entrevistas quieren romper con lo cotidiano mediante una adecuación metodológica (con implicaciones epistemológicas) y, por tanto, mediante un prediseño sistemático ligado al proyecto de investigación y a los objetivos de este, las conversaciones informales no alcanzan ese estatus científico. La entrevista en la investigación social rompe con la entrevista periodística o lo que podríamos llamar capturas morales de información y otras estrategias similares aplicadas en otros ámbitos o disciplinas, de la misma forma que rompe con las charlas informales, si no han pasado por el cedazo del diseño y la intencionalidad científicas.

La conversación informal, como forma de comunicación entre investigador e informantes, tiene parentesco con las entrevistas. Es un antepasado lejano de las entrevistas. Las entrevistas se separaron de la conversación tras un proceso de ruptura metodológica que caracteriza a la ciencia social, la sociología en concreto. Desde entonces se acepta la entrevista como concepto identificador de un intercambio de información con objetivos de investigación científica.

Una “práctica” práctica

De acuerdo con Ortí, las técnicas de investigación social hay que entenderlas como “prácticas”. Este concepto permite dotar de flexibilidad y artesanía al acto de investigar y restarle asepsia, formalidad, abstracción y tecnicismo. “Nunca entrarás dos veces en la misma técnica”, podríamos apuntar; por eso es más ajustado hablar de “prácticas”; de manera que nunca se aplicará dos veces y de la misma forma una historia de vida, una observación participante o una entrevista cualitativa. Alejadas de las “técnicas” sistemáticas, rigurosas y formalmente diseñadas en todas sus fases, las “prácticas” aparecen “abiertas y desarmadas en su reglamentación técnico-operativa” tanto como “enriquecedoras por su implicación directa en la realidad social” (Ortí 1994:91).

Las conversaciones informales son prácticas que adquieren sentido en el marco de interacciones presentes. Y, al no ser una técnica, no esconde tampoco un prediseño específico, ni cerrado. No tiene un guion que guía; se muestra (“salta”) en el presente, pregunta por lo que ve en un escenario concreto que comparte con sus informantes, lo que oye a su informante o en su entorno o lo que huele, sin ajuste expreso a los objetivos. La conversación informal tiene niveles de espontaneidad que no tienen otras prácticas.

Puede que lleve consigo los objetivos de la investigación en un plano no necesariamente consciente, como supone la construcción de un guion de entrevista y la búsqueda de un escenario para implementarlo. En este sentido, no hay intencionalidad (consciente al menos) en el acto de conversar y en relación con los objetivos del trabajo. Consciente o inconscientemente puede que esconda el objeto de investigación (o uno de los objetivos de investigación) como telón de fondo,



pero no siempre ni necesariamente. Se conversa por estímulos o situaciones puntuales que, lateral e incluso inesperadamente, pueden ayudar a cubrir detalles de los objetivos de investigación.

Devillard, Franzé y Pazos, en un artículo que pone a este tipo de charlas entre las prácticas del trabajo etnográfico, consideran que: “la conversación tampoco puede depender del azar o de la inspiración del momento (sin que, como veremos luego, ello suponga una vuelta al dirigismo de la entrevista formal). Por el contrario, se tiene que apoyar en un tipo de participación cuya calidad de ‘mira’ y ‘escucha’ (amplitud, receptividad, comprensión) está directamente relacionada con el nivel de desarrollo de la problemática de investigación” (Devillard, Franzé y Pazos 2012:356).

Lo que plantean ya lo hemos referido más arriba: que las conversaciones son producidas y “escuchadas” en un marco de investigación que tiene presente siempre los objetivos de la investigación, por lo que el espacio que dejan a la no intencionalidad, al azar y al intercambio de comunicación fuera del rol de investigador, es pequeño.

Estos intercambios verbales son muy corrientes en el trabajo etnográfico y, en general, en las investigaciones cualitativas longitudinales. Durante los 90s, cuando conviví con una comunidad ganadera del norte de España con fuerte identidad territorial, recorrí territorios periféricos sosteniendo conversaciones informales en encuentros breves con aldeanos a quienes preguntaba sobre su pertenencia cultural (“¿vosotros sois pasiegos?”). Eran conversaciones informales, intencionadas, guiadas por mis objetivos de investigación, que me permitían trazar un mapa sobre los conflictos locales en torno a la identidad colectiva. Expresiones, frases, giros, palabras (entre otros detalles) quedaban anotados en mis libretas. Esta forma de comunicación era muy corriente con mis vecinos y especialmente en los inicios del trabajo de campo. Pero fueron perdiendo peso con el paso del tiempo y el conocimiento más profundo de las formas de hacer y pensar de la vida local. Las “conversaciones informales no intencionadas” ocupaban, progresivamente, un espacio mayor en los procesos comunicativos.

Esta clase de intercambios verbales hay que sacarlos de la trastienda e incluirlos en nuestras notas metodológicas, porque son cimiento para el conocimiento mutuo en relaciones de campo. Por ello es una “práctica práctica” que, a la vez que cimienta la relación afectiva, produce conocimiento. La conversación informal “encarna” las situaciones en las que se ubica el investigador (que ahora lo es, ahora deja de serlo, y así sucesivamente); y al hacerlo, se aparta del nivel de abstracción de otras prácticas que reducen el cara a cara a encuentros goffmanianos, escenificados.

La práctica se realiza en un ambiente natural, propio de las relaciones de confianza y cercanía que se establecen en las investigaciones cualitativas longitudinales, donde el contacto con los informantes es permanente o casi permanente. Actúa como base, refuerzo y profundización de las relaciones con los informantes. Permite, por lo tanto, construir vínculos de confianza que no los construyen las entrevistas, y especialmente cuando se llevan a cabo de manera trasversal, en encuentros puntuales con informantes.

Digamos que las conversaciones informales son una base para la construcción de las relaciones de cercanía que dan como resultado un trabajo de campo prolongado en compañía permanente de informantes.



El sentido común como base de las conversaciones informales y los usos en la investigación

Las conversaciones informales son prácticas gobernadas desde el punto de vista intelectual y cognitivo por el sentido común. Utilizan el sentido común (local) como base de la comunicación. La confianza entre investigador (convertido con el paso del tiempo en persona más que en dispositivo de recogida de información) e informante se construye en la interacción, en donde entra en juego toda la persona, el investigador encarnado. En ella, la conversación informal se ejecuta sobre la base de un lenguaje de mutuo entendimiento, en donde la arquitectura del pensamiento sociológico no ocupa lugar alguno. Al revés, es el lenguaje del informante, de la vida cotidiana en la que vive, el que ha de usarse como nexo de comunicación. De manera que el sentido común, entendido como unidad de sentido cotidiano, es la herramienta verbal sobre la que gira la interacción. El sentido común, entonces, entra en el proceso investigador, cuando menos en sus primeras fases. Y sobre datos del sentido común, actúa el conjunto de ejercicios intelectuales típicos del pensar sociológico: sistemas de abstracción, deducción, inducción, racionalización, analogía, conceptualización, teorización...

Utilizar el sentido común en el proceso de investigación pone en entredicho el proceso de “ruptura epistemológica” que tiene lugar, al menos de forma explícita, desde Durkheim (*Las reglas del método sociológico*), pasando por Bachelard (*La formación del espíritu científico*) o Bourdieu, Chamboredon y Passeron (*El oficio de sociólogo*). El pensamiento sociológico opera gracias a una “ruptura” con las formas de pensar el mundo, propias del pensamiento precientífico, vulgar, cotidiano, en donde se ubica el sentido común. Su éxito solo tendrá lugar, dirán Bourdieu, Chamboredon y Passeron, mediante un permanente ejercicio de vigilancia epistemológica, gracias a la cual “se conquista el hecho contra la ilusión del saber inmediato”: “La vigilancia epistemológica se impone particularmente en el caso de las ciencias del hombre, en las que la separación entre la opinión común y el discurso científico es más imprecisa que en otros casos. (...) El sociólogo no ha saldado cuentas con la sociología espontánea y debe imponerse una polémica ininterrumpida con las enegadoras evidencias que presentan, a bajo precio, las ilusiones del saber inmediato y su riqueza insuperable. Le es igualmente difícil establecer la separación entre la percepción y la ciencia —que, en el caso del físico, se expresa en una acentuada oposición entre el laboratorio y la vida cotidiana— como encontrar en su herencia teórica los instrumentos que le permitan rechazar radicalmente el lenguaje común y las nociones comunes” (Bourdieu, Chamboredon y Passeron 2001:27).

El uso del sentido común en el proceso investigador pone en entredicho el carácter esotérico del conocimiento sociológico y especialmente, aunque no solo, bajo la mirada del positivismo. En la tradición sociológica francesa (especialmente), se han llenado páginas para delimitar el (nuevo) pensamiento sociológico emergente desde el siglo XIX. No solo del propio de otras disciplinas, sino del pensamiento cotidiano que, entre otros conceptos, se ha identificado con el “sentido común”. Como resultado de esta voluntad de ciertos autores sociológicos, se producirá una distinción entre el pensamiento sociológico que emerge y otras formas de pensar, lo que será entendido como una “ruptura epistemológica” que, en palabras de Bachelard, tendrá aires de “revolución” intelectual en la historia de la ciencia social. “Pensar sociológicamente”, sería una ruptura con relación al pensamiento de la gente de “a pie”.

Quedaba por resolver la “ruptura metodológica”, porque en la historia de la sociología primero estuvo la actividad intelectual y después la reflexión sobre la práctica (la metodología para la



obtención de datos que te permitan pensar sociológicamente). A este esfuerzo se dedicaron los metodólogos (positivistas y no) a lo largo de las décadas centrales del siglo XX.

Para conseguirlo se discutirá cómo expropiar a la “persona” del acto investigador para evitar, como ha quedado dicho, que “la realidad se produzca en el acto de investigarla” mediante las interacciones naturales que practican los investigadores. Alain Blanchet discutía a finales de los 80s acerca del rigor científico de la entrevista (cualitativa) como herramienta de investigación y consideraba que su depuración metodológica estaba por llegar. Sus usuarios atendían más a la formalidad del análisis de los discursos obtenidos con esta práctica, que al proceso de producción de esos mismos discursos: “sin embargo, los discursos no son ciertamente preexistentes a la operación de *toma* que sería la entrevista” (Blanchet 1989:93), es decir, a la situación de entrevista en donde se producen los datos por interacción. Estas cuestiones ya estaban siendo analizadas en Estados Unidos, en el ámbito de la encuesta, desde la década de los 40s.

Expulsar a la persona del acto investigador es muy complicado en las investigaciones longitudinales de tipo cualitativo. De ahí que las conversaciones informales (tanto las ligadas a objetivos como las que no) no ocupen lugar en los inicios de estas discusiones epistemológicas. Estamos hablando del “sentido común” y del habla cotidiana, pero ocurre lo mismo con la escucha cuando se disocia de la interacción verbal. La escucha inesperada o no intencionada de terceros, no necesariamente informantes, aporta informaciones sobre la base de una comprensión basada en el sentido común “local” (sobre la base de que todas las culturas tienen un sentido común, o que no hay un sentido común universal, sino cultural). Cuando tiene lugar la escucha no intencionada, los hablantes no son informantes, ni se vuelven informantes, pero son “aportadores indirectos y no intencionados de información” que pueden ser útiles al proceso investigador. No conlleva una conversación, pero tienen en común la captación del sentido común en los otros. De la misma forma que leemos gestos locales cotidianos en una ceremonia, tanto bajo la lupa local como (a la vez) bajo la lente sociológica.

El uso de las conversaciones informales en la investigación social cualitativa y longitudinal

Las charlas cotidianas, por ser consideradas actividades precientíficas y, por tanto, sin estatus metodológico sólido, exigen (en el estado actual de cosas) una mayor justificación sobre sus usos en el proceso investigador. No se pueden negar, porque están en la base de la conciencia de la realidad que el investigador va adquiriendo con el paso del tiempo. Por otra parte, las investigaciones sociales no se desarrollan únicamente sobre la base de conversaciones informales o charlas cotidianas. El texto final, el informe, no es un conjunto de conversaciones copiadas del cuaderno de campo. El rol del investigador y su formación teórica asoman antes o después para dar forma (científica) a lo que era informal (una acumulación de notas). Además, las charlas cotidianas suelen ir acompañadas de otras prácticas propias de la investigación social, más significativas cuando se despliegan en el quehacer de una observación participante o de la construcción de una historia de vida.

La investigación social cualitativa de carácter longitudinal utiliza diferentes prácticas de investigación cuando se despliega. Las más variadas y en diferentes momentos. Sin embargo, prácticamente la mayoría de ellas son utilizadas de manera puntual. Las conversaciones informales, en cambio, tienen un carácter de permanencia, porque encarnan la presencia constante de la persona sobre el terreno en investigaciones largas.



En el trabajo de campo mencionado con anterioridad, parte de la información que obtenía provenía de contactos y charlas, propio de una observación participante. Mis libretas se llenaban de cosas que veía u oía de manera espontánea, pero que resultaron ser muy valiosas. Paralelamente, tal vez presionado por el vicio metodológico del hacer entrevistas, mis primeras conversaciones formalizadas (entrevistas) fueron semiestructuradas o no estructuradas (así se las llamarían hoy), entrevistas grabadas con poca experiencia, apenas exploratorias y de poca utilidad para mis objetivos. Sin duda, las entrevistas más poderosas fueron las últimas. Se trataba de entrevistas focalizadas, estructuradas en guiones que aplicaba de la misma forma a una muestra de vaqueros seleccionada intencionadamente. Preguntaba sobre conceptos que había ido recogiendo a lo largo de mi estancia, la mayoría en conversaciones cotidianas o en encuentros entre ganaderos: ¿A qué llamáis una *buena vaca*?, ¿qué es una *buena muerte*?, ¿por qué decís que a las personas se las *entierra* y a las vacas se las *sotierra*?, ¿qué es *preparar una vaca*? Esos conceptos eran agrupados por temáticas para elaborar guiones muy focalizados (en la salud, en el trabajo con las vacas, en la identidad colectiva...); los había escuchado tantas veces que serían fácilmente reconocibles por los ganaderos que entrevistaba. Como sorprendentemente me apostilló una mujer en los inicios de mi trabajo “cuando sabes preguntar, nosotros sabemos qué responder” y esto era un buen ejemplo, una constatación. El “estar” con todos los sentidos me proveía de mucha información que, con el paso del tiempo, resultó significativa social y culturalmente. Y, en otros, casos era significativa en relación con determinada persona (anécdotas, experiencias y opiniones de carácter subjetivo). Esos conceptos tomados de conversaciones e interacciones informales en general, escuchados de manera permanente, no necesariamente de forma intencionada, me dieron seguridad para construir un guion de preguntas para entrevistas (grabadas) cualitativas, focalizadas y estructuradas. Se trataba de entrevistas más cercanas a una concepción de la realidad (positivista) como externa y compartida. De ahí que este tipo de entrevistas esté más cerca de las encuestas que de las entrevistas abiertas y semiestructuradas, pero tan solo por esa concepción de la realidad, pues siendo estructuradas, no impide que sean cualitativas, ni cierra la posibilidad a respuestas muy abiertas.

Lo que dice Stéphane Beaud acerca de la “entrevista etnográfica” o en profundidad vale también para la entrevista estructurada como la he presentado: “se beneficia de ser utilizada en el marco de una investigación etnográfica cuyo método preferido es la observación participante” (Beaud 2018:188). El paso del tiempo ha permitido al investigador conocer el universo cultural de prácticas y estilos de pensar gracias al observar, escuchar y hablar, de manera intencionada y dirigida, pero también lo contrario. Gracias a su experiencia en el campo, está capacitado para construir un guion hecho con palabras y conceptos anotados tras meses de convivencia. Guion que se ajusta a los objetivos de su trabajo.

En buena parte, las conversaciones son necesarias para el “establecimiento del rapport”, que pone las bases sobre las que se asienta la confianza, intimidad y conocimiento mutuo entre investigador e informantes. Pero las conversaciones informales están presentes a lo largo de todo el proceso de investigación (sin tener intencionalidad investigadora o prediseño). En ese sentido, pueden entenderse por su valor científico desde diferentes etapas del proceso de investigación. Inicialmente, cobran sentido por su carácter exploratorio. Gracias a esta funcionalidad, permiten acceder a información que abre vías. Acompañada de la observación participante (en una comunidad o con informantes seleccionados como en las historias de vida) permiten, a diferencia de entrevistas puntuales, pedir aclaraciones sobre ámbitos complicados gracias a un ámbito de “familiaridad” y, por tanto, acceder a información que no se obtendría con otras prácticas más



formalizadas. Exploración que permitirá, posteriormente, estructurar una entrevista si el investigador lo considera oportuno, si algún asunto exige de una profundización para un conocimiento más sólido y sustentado. Por ello, incluso en la fase exploratoria, una pequeña libreta de notas (no intrusiva) es muy útil. Como dicen Taylor y Bogdan, las notas son convenientes “después de contactos más ocasionales con los informantes, como por ejemplo encuentros casuales y conversaciones telefónicas” (Taylor y Bogdan 1990:74). También, “la *conversación* ordinaria entre los agentes sociales pasa así a ser el prototipo del intercambio con el investigador, no solo para dialogar en ocasiones cotidianas, sino también para la realización de entrevistas sistemáticas” (Devillard, Franzé y Pazos 2012:355).

También ocurre lo mismo con la observación o la escucha no intencionadas, es decir, no estructuradas, ni formateadas para ver y escuchar con ánimo investigador bajo la lente de la disciplina que escucha o mira. Porque la no intencionalidad nos remite a un estadio cotidiano, precientífico. Efectivamente, podemos hablar, mirar o escuchar sin encarnar el rol de investigador. Porque estar en el terreno en una investigación cualitativa longitudinal no supone un cambio permanente de rol. La convivencia se desenvuelve en una especie de “lógica del desdoblamiento” en donde entramos y salimos de uno u otro rol en función de las circunstancias. Seguramente que cuando Malinowski compartía sus ratos de ocio con el cura, el funcionario o el comerciante, no lo hacía con la estructura mental del investigador social.

Pero, además, las conversaciones informales ayudan a construir fenómenos, procesos, acontecimientos, prácticas, formas de pensar, etc., en etapas posteriores a los inicios del trabajo de campo. Ayuda a asentar concepciones que el investigador va construyendo sobre el fenómeno a investigar y, finalmente, permitirá constatar saturación: ese proceso que alerta al investigador de la seguridad de sus datos por reiteración de la información que recoge con el paso del tiempo. También la observación no intencionada, ni “dirigida a”, tiene una función similar en un proceso de investigación longitudinal.

La fortaleza de las notas tomadas a partir de conversaciones informales, en escenarios cotidianos, podrán formar parte del informe final una vez que el investigador considere que son representativas e informan de los fenómenos o de las comunidades, grupos o sujetos sobre los que se trabaja. Mis libretas de notas estaban llenas de frases y conceptos locales tomados literalmente del natural, resultado del hecho de “estar” propio de la observación participante y gracias a un ejercicio memorístico agudizado. Frases y conceptos no buscados intencionadamente, sino atrapados en mis hojas como resultado de un “estar” entre ellos, sin preguntar (necesariamente), sin conversar tan siquiera.

Un día acompañé a un ganadero a un mercado de ganado de otra localidad. Subimos un puerto de montaña. En un momento dado, miró a la cordillera que teníamos enfrente y dijo: –“parece una vaca estordegá”. Miré hacia donde él miraba, pero no vi vacas, ni nada que hiciera entender la expresión (que ya conocía). La larga cumbre de la cordillera tenía un hilo de nieve a todo lo largo, que desaparecía en las faldas. Un fenómeno muy corriente en la región por la acción de los vientos. Sólo después lo comprendí: las vacas de raza frisona, propias de la región en aquellos años, eran llamadas “estordegás” cuando tenían el espinazo de color blanco, desde el cuello al nacimiento del rabo, siendo el resto del cuerpo del animal de color negro o marrón casi al completo. Lo que estaba viendo mi “compañero” de viaje era una similitud entre la vaca y la montaña, expresión de un



pensamiento analógico muy propio de las maneras de pensar y entender el mundo por parte de la cultura local.

Conclusiones

Las conversaciones informales “no dirigidas ni intencionadas” forman parte consustancial del proceso investigador cuando son de carácter longitudinal y, especialmente, cualitativo. El investigador las lleva consigo como persona antes que como investigador y eso caracteriza la ausencia de prediseño y de intencionalidad (investigadora) cuando se activan. Sirven de ayuda en los inicios, desarrollo y cierre del proceso investigador y, por lo tanto, deben ser consideradas como prácticas emparentadas con las entrevistas.

Todas las entrevistas surgen de un conocimiento mínimo o supuesto de la realidad y, por tanto, sus diseños se orientan sobre algo previo. Las conversaciones informales están en la base de esos conocimientos y permiten una estructuración más afinada de otras prácticas de investigación. Permiten tomar notas (breves por lo general) del natural que pueden ser incluidas en el informe final (si, al final del trabajo, se consideran pertinentes).

Estar, ver, escuchar, sentir, hablar de lo de todos los días, sin prediseño, produce no solo información que se ajusta (inintencionadamente) a objetivos, sino información que puede abrir objetivos que no estaban en el diseño previo del proceso investigador. Permite, entonces, “descubrir” lo que no estaba previamente en la mente del investigador.

En un trabajo longitudinal, de largo recorrido, no siempre “se carga” la mente investigadora, preparada para captar. De hecho, buena parte del “estar” en un trabajo de campo largo incluye charlas, comidas, actividades laborales, de ocio, asistencia a bodas o entierros..., sin ánimo investigador. Esa percepción captada sin intencionalidad científica formaría parte del bagaje informativo del investigador y podrá formar parte de la base de sus interpretaciones de la realidad local. Lo que haga con esas notas y percepciones será ya un acto de investigación.

Agradecimientos

Este artículo es parte del trabajo realizado en el Grupo de Investigación Reconocido (GIR) Trans_REAL_Lab (<https://girtrans.uva.es>) de la Universidad de Valladolid.

Bibliografía

- Alonso, L.E. (1994). Sujeto y discurso: el lugar de las entrevistas abiertas en las prácticas de la sociología cualitativa. En J.M. Delgado y J. Gutiérrez. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 225-240). Editorial Síntesis.
- Bauman, R. y Sherzer, J. (1975). The ethnography of speaking. *Annual Review of Anthropology*, (4), 95-119. <https://www.jstor.org/stable/2949351>
- Beaud, S. (2018). El uso de la entrevista en ciencias sociales. En defensa de la “entrevista etnográfica”. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 175-218. <https://doi.org/10.22380/2539472x.388>
- Blanchet, A. (1989). *Técnicas de investigación en ciencias sociales*. Narcea.



- Bourdieu, P., Chamboredon, J-C., Passeron, J-C. (2001). *El oficio de sociólogo*. Siglo XXI.
- Bruneteaux, P. y Lanzarini, C. (1998). Les entretiens informels. *Sociétés contemporaines*, (30), 157-180. <https://doi.org/10.3406/socco.1998.1853>
- Devillard, M. J., Franzé, A., Pazos, A. (2012). Apuntes metodológicos sobre la conversación en el trabajo de campo. *Política y Sociedad*, 49(2), 353-369.
https://doi.org/10.5209/rev_POSO.2012.v49.n2.36512
- Frigolé, J. (2018). *Las conversaciones y los días*. *Diario etnográfico, Calasparra, 1976*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Gomiz, P. (2025). *La entrevista*. En C. del Val y P. Gomiz. *Criminología e investigación social* (pp. 231-257). Tecnos.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI.
- Hymes, D.H. (1968). The ethnography of speaking. In J. A. Fishman. *Readings in the sociology of language* (pp. 99-138). Mouton Publishers.
- Ortí, A. (1994). La confrontación de modelos y niveles epistemológicos en la génesis e historia de la investigación social. En J.M. Delgado y J. Gutiérrez. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales* (pp. 85-95). Editorial Síntesis.
- Riesman, D. y Benney, M. (1956). The sociology of the interview. *The Midwest Sociologist*, 18(1), 3-15. <https://www.jstor.org/stable/25514936>
- Ruiz, J.I. (2012). *Metodología de la investigación cualitativa*. Universidad de Deusto.
- Scheuch, E.K. (1973). La entrevista en la investigación social. En R. König. *Tratado de sociología empírica* (pp. 166-229). Tecnos.
- Taylor, S. J. y Bogdan, R. (1990). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Paidós.
- Valles, M.S. (2002). *Entrevistas cualitativas*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Recibido el 16 Sep 2025

Aceptado el 8 Nov 2025